

rielando ferrocarriles, provocando explosiones en fábricas, con la intención de que Stalin fuese culpado); y finalmente, cuando estas tácticas fueron fracasando una tras otra, se ilusionaron con una «segunda revolución» con ayuda extranjera, después de una nueva guerra mundial. No avanzaban sin remordimientos, pero cada paso en el camino del crimen los empujaba hacia adelante, llevados por lo que ellos mismos llamaban «la lógica de la lucha». Esta frase aparece por lo menos una docena de veces en la crónica completa del proceso.

En realidad la crónica da una idea totalmente diversa del proceso de la que se desprende de la lectura de los periódicos. No es efectivo, por ejemplo, que los acusados demostraron timidez en la Corte; por el contrario, discutieron a menudo con el fiscal, y Radek llegó a ponerlo casi en ridículo. Tampoco es cierto que demostraron algún servilismo hacia Stalin; mencionaron su nombre lo menos posible y siempre sin adjetivos calificativos. L. M. Kaganovitch fué el único funcionario Soviético que alabaron por su hábil labor para impedir el sabotaje en los ferrocarriles (y hablaban con conocimiento de causa, puesto que eran saboteadores profesionales). No es verdad que fuesen «Dostoiewskianos» en su afán de presentar sus propios crímenes en la forma más tenebrosa posible; por el contrario, la mayoría de ellos mantuvo en lo posible todo su amor propio. Así, por ejemplo, Norkin admitió haber provocado tres explosiones en una planta generadora, pero se indignó al verse citado en una declaración de un espía alemán llamado Krasche. Y dijo: «En cierta forma me siento comprometido de haber tenido alguna vinculación con este sujeto». Knyazev admitió haber saboteado trenes y haber recibido 15.000 rublos de un miembro del servicio secreto japonés; pero al insinuársele que se había quedado con parte de ese dinero, gritó indignado: «Niego categóricamente ese cargo». El proceso no dió la impresión de ser una «mise en scene» preparada; por el contrario, los prisioneros estuvieron en desacuerdo en una docena de puntos secundarios; hubo disputas en la Corte, algunos estaban ansiosos de hablarlo todo, mientras otros guardaron ciertas reticencias; pero, en general, sus declaraciones individuales

podían coordinarse perfectamente para formar un todo convincente.

*

Aquellos que aun creen que el proceso fué un burdo «arreglo» han dado a las mismas confesiones una docena de interpretaciones diferentes. Se ha dicho, por ejemplo, que se prometió la vida a los acusados si consentían en dar testimonios falsos contra Trotsky. Esto parecía escasamente verosímil después del juicio en agosto último, pero una vez que fueron ejecutados Zinoviev y Kamenev, esta promesa no habría encontrado acogida en otros. (El hijo de Trotsky asegura ahora que la muerte de Zinoviev y Kamenev les fué ocultada a los acusados durante el último proceso. Pero Radek, arrestado durante el proceso, la sabía seguramente, como también Pyatakov). Además se ha dicho que la G. P. U., por medio de sutiles torturas orientales, forzó a los acusados a hacer declaraciones falsas, pero torturas susceptibles de producir estos efectos en hombres del temple de Murálov, por ejemplo, tendrían que ser no solamente sutiles, sino recias, y sus huellas habrían sido aparentes durante la vista de la causa. También se ha dicho que las confesiones habrían sido arrancadas mediante amenazas referentes a la suerte de las mujeres y los hijos, pero aquellas amenazas resultaron ser ineficaces cuando las hicieron los fascistas, y por añadidura algunos de los presos no te-

República e inteligencia

La república se ha mostrado en el Brasil embozada en el poncho y armada del lazo, equipaje semi-bárbaro, que no abona, sin duda, sus principios. Yo no comprendo la república sino como la última expresión de la inteligencia humana, y me desconfío de ella cuando sale del interior de los bosques, de las provincias lejanas de la capital, del rancho del negro, o del espíritu de insubordinación de algún caudillo de jinetes. La república aparecida en las provincias pastoras de San Pedro y de San Pablo, hizo excursiones momentáneas en Minas Geraes, sin osar acercarse a la capital; descomposición de los extremos que no admiten gobierno posible, y que después de algunos años de revueltas, ha vuelto a entrar en la nada, de donde salió, no sin haber dejado escapar algunos destellos de valor, en medio del turbión de desórdenes que trae consigo la guerra de caudillaje.

(De Sarmiento en febrero de 1846. De *Viajes*, tomo V de sus *Obras*. Santiago de Chile, 1886).

nían ni mujeres ni hijos. Además había otras versiones del dominio de la fantasía: que las confesiones habían sido producidas por drogas muy poderosas desconocidas de la medicina occidental, que los presos habían sido hipnotizados (o si no, que el auditorio de la Corte había sido hipnotizado); que los acusados eran realmente verdaderos comunistas que mintieron y murieron para salvar al Partido (pero esto no parece probable dado los antecedentes); y finalmente que todos ellos habían sido ejecutados antes de poner en tabla la causa y reemplazados por actores del Teatro de Arte, de Moscú.

*

A mí me parecen todas estas versiones, no tanto inverosímiles como complicadas e innecesarias. La actitud de los presos en el banquillo fué de hombres culpables que sentían la hostilidad de la opinión pública, y que estaban avergonzados de los hechos, que los habían arrastrado hasta allí. Sobre esta simple hipótesis sus gestos en la Corte aparecen no «Dostoiewskianos» sino normales, dadas las circunstancias. Son sus acciones anteriores al arresto las que pertenecen a una novela de Dostoiewski.

¿Por qué medios llegaron a hacerles confesar? No sé, pero las declaraciones contienen algunos puntos comprometedores. El primer día de su encarcelación, dos de los acusados, Pushin y Knyazev, estaban tan asustados y apesadumbrados que lo dijeron todo sin siquiera haber sido instados a hablar; cartas comprometedoras fueron encontradas también en la oficina de Knyazev; más cargos se acumularon durante las sesiones de agosto, a lo que se siguió un largo trabajo de comparación y confrontación, de esclarecimiento de hecho tras hecho, hasta que algún acusado se confundía y contaba todo el asunto. Una parte de las declaraciones de Norkin nos da una idea precisa del procedimiento.

Vyshinsky:—¿Y por qué decidió usted posteriormente admitir los hechos?

Norkin:—Porque hay un límite para todo.

Vyshinsky:—¿Quizás usted fué presionado en alguna forma?

Norkin:—Me interrogaron, me descubrieron, hubo careos.

Vyshinsky:—¿Lo confrontaron a usted con pruebas, hechos?

Norkin:—Hubo careos.

(Pasa a la página 302)